



BOLETIN MENSUAL

OCASO

(Del libro inédito *Cuentos grises.*)

Al atardecer de aquel día, Ramón con el corazón oprimido, sentado en su despacho contemplaba como el sol poniente iba desapareciendo tras el vecino monte, rodeado de un nimbo de nubes grises, similares á las qué, de un tiempo á aquella parte, se fraguaban allá en las anfractuosidades de su calenturiento cerebro.

El caso no era para menos, pobre médico rural, sexagenario, cargado de deudas y de numerosa prole, cada día con mayores necesidades, veía desaparecer palautinamente su clientela, mientras la del *Otro* subía, subía como la espuma.

Mil ideas encontradas bullían en su mente armando una barahunda de mil diablos, convirtiendo su cavidad craneana en olla de grillos. Ideas todas tristes, de color gris y de un pesimismo muy subido. Fué entonces cuando la loca de la casa empezó á desbordarse y parlachina, cual comadre callejera, espetó al infeliz sexagenario la siguiente diatriba:

—Hoy estás inaguantable y con un humor de perros, amiguito. Si ya sé lo que lo que á tí te pasa no le sucede á ningún ser viviente; paciencia y barajar, á mal dar, tomar tabaco. Tres, nada menos que tres papeletas de defunción llevas libradas en pocas horas. El pícaro sarampión se ceba esta vez de una manera cruel en la pobre infancia. En tres meses que dura la epidemia llevas espedidos á lo menos una veintena de pasaportes para el otro mundo. ¿Dices que no sabes dar en el

quid? ¿Será que así como los hombres de ciencia descubren cada día nuevos medios de defensa contra las enfermedades infecciosas, los microbios productores de las mismas, aguzan á su vez el ingenio, y adquieren mayor virulencia para demostrar á los sábios que allí donde las dan las toman ó será que tú, viejo ya, no sabes dar pié con bola?

Te parece un sueño verdad, porque tu has visto otras epidemias de sarampión que desaparecían sin dejar un dos por ciento de mortalidad y sin que tuvieses necesidad de emplear otro tratamiento que el expectante, ni otra medicación que la prosáica y vulgar tisana de escabiosa.

¿Cómo se reirá el *Otro* con su aire maleante y socarrón de tu pícara suerte ó impericia! El *Otro* que según *vox populi*—representada por allegados, parientes y amigos— apenas ha tenido un par de defunciones. ¿Dices que te consta que han sido más? Cá! hombre cá!

Claro, tú ya no sabes hacer un diagnóstico, tú te has quedado atrás muy atrás en el camino del progreso científico, de la investigación, de la microbiología y de la moderna terapéutica. Tú eres un rezagado, mientras que el *Otro*, jóven experto, estudioso, de empuje é inteligencia despejada sabe de sobras al dedillo donde le aprieta el zapato. No hombre no, no me vengas con las excusas y monsergas de decirme que para ponerse á la altura de las circunstancias necesarias gastar en libros, revistas, aparatos é instrumentos lo que recaudas en diez años, pues mira el *Otro* como se las arregla.

Ya en la epidemia tifoidea que se presentó en el pueblo dos ó tres años atrás, puestas quedaron de una manera evidente las diferencias enormes que, tanto en diagnóstico y pronóstico como en tratamiento, te separaban del *Otro*.

Tuviste cuatro ó cinco defunciones mientras que el *Otro* según testimoniaron las trompetas de la Fama—tocadas callejeramente por su madre política y oficiosamente en cafés y tertulias por *La Chismografía*, crónica semanal de todas las trapacerías del pueblo y rodalía—de fiebre tifoidea no registró ningún caso gracias al empleo exclusivo y sistemático de la balneación, tratamiento al que tú siempre por engorroso y difícil de llevar á la práctica, te has mostrado reacio.

¿Dices que él con balneación tuvo sus cuatro ó cinco defunciones? Falso, de toda falsedad. Tuvo sí, es verdad, cuatro ó cinco casos desgraciados pero de ningnna manera podrán atribuirse á la infectiva sino á un accidente extremo ó fortuito, uno sucumbió (así rezaban las papeletas de defunción) á consecuencia de un colapso cardíaco, otro

de enterorragia, aquel de perforación intestinal y el de más allá de encefalopatía.

* * *

El sol más afortunado que el pobre Ramón habíase entregado por completo en brazos de Morfeo. La luz crepuscular bañaba con un tinte oscuro y tétrico el despacho de Ramón. Este queriendo acallar la filípica de aquella loca rematada levantóse de su asiento y empezó á dar grandes pasos por la habitación. ¡Qué si quieres! Entonces con mayor insistencia continuó de esta manera:

—Sí, ya sé que te molesto; pero hijo aguanta y calla. ¡Infeliz! ¿De qué te han servido tus cuarenta años y pico de ejercicio siempre con nobleza y rectitud? ¿De qué te ha servido estar siempre atento á lo que te dictaba esa incógnita fiscalizadora que todos tenemos ahí dentro llamada conciencia y que tan solo escuchan los apocados y pobres de espíritu? ¿De qué te ha servido el ser durante muchos años el paño de lágrimas de la humanidad doliente? ¿De qué te ha servido el haber ejercido tu profesión, no como á granjería á la manera de tanto pillo como anda por ahí, sino desinteresadamente? De nada, absolutamente de nada. llegar al fin de la jornada, pobre, olvidado sino aborrecido, y mirando casi con desprecio por tus antiguos clientes, que hoy te desdennan porque no has sabido sacar raja en el festin de la vida, y que desde el campo contrario aclaman al *Otro* como á un semidios,

Otro gallo te cantara si echando pelillos á la mar y escrúpulos monjiles á la espalda te hubieras puesto á *pesetear* como el *Otro*. Es claro tú franco y llanote llamaste siempre al pan, pan y al vino, vino; te faltaron siempre *tablas* y como en la Universidad no se enseña el arte de Vico y Romea así salió ello. De buenas á primeras desauciabas al paciente por entender que obrar de otra manera era robarle el dinero y qué habia de suceder que el enfermo tomaba las de Villadiego yendo en busca de quien le diera una esperanza. Obrar de otra manera le llamaste tú en buen romance desbalijar al prógimo con premeditación y alevosía.

¡Tonto, más que tonto! Mira si el *Otro* tiene esos escrúpulos.

¿Y en cuanto á honorarios qué has hecho durante los años de ejercicio? Oh! no pedir nunca un céntimo á nadie; cobrar lo que buena-mente han querido darte tus abonados. El tiempo para tí no ha pasado en vano pues lo mismo cobras hoy un duro, en especies, para visitar una familia más numerosa que la de Jacob que cobrabas veinte

años atrás. ¡Cuántas veces tu pobre esposa ha pasado la pena gorda para ir á la compra porque á tí te ha dado vergüenza pedir la iguala á tus clientes! ¿Y en cuanto á alimentación? ¿Qué se ha servido siempre en tu mesa? Pues lo que en la del protagonista de *San Sebastián Martir* un día bacalao con patatas y otro patatas con bacalao, mientras que igualados que te deben cinco y seis años de honorarios, te restregan todos los días los pares de pollos por las narices.

Consecuencias de todo ello que tu prole crece raquítica, que no puedes, como serían tus deseos, dar carrera á tus hijos varones para que un día fuesen el báculo de tu vejez. ¡Gracias que un industrial cualquiera te los admita de aprendiz por módico precio!

Sí, sí, indignate y pon el grito en el cielo porque D. Fulano, respectable miembro de lá clase de curanderos con título, con sus supercherfas y malas artes, olvidando, si alguna vez las ha sabido, las más rudimentarias reglas de Deontología llene sus gavetas de oro contante y sonante. Sí, sí, continúa imbécil echando cuatro bravatas contra esos farsantes; lo cierto es que ellos tienen bien repleto el riñón y su fama bien sentada, mientras tu con tu altruísmo serás todo lo que te resta de existencia más pobre que las ratas.

* * *

Ramón, para ver si lograba hacer callar á aquella loca, encendió el quinqué, cojió un libro y se puso á leer, pero ¡ni por esas! la parlachina persistió en sus trece.

—¿Te acuerdas de tus antiguos condiscipulos y compañeros de hospedaje? Jaime es nada menos que deán de la iglesia catedral de A. ¡Si vieras que arrogante y mofletudo se conserva! Tiene tu misma edad, pero parece que le llevas veinte años. Ese sí que tiene asegurado no solo el *pan suyo de cada día* sino también el de dos sobrinas como dos soles que viven en su compañía y son el encanto de la casa. Y Ricardo, ¿sabes tú lo que ha sido de Ricardo? Le encontrarás de presidente en la Audiencia de lo criminal de B. con la jubilación en puerta? ¿Has olvidado á Marcial á quien todos en broma llamábais matasiete? Sin haber en su vida oído disparar un tiro lo tienes de general de brigada y gobernador militar en C. ¿Preguntas por aquel bobalicón de Pepito? Sí, bobalicon, ya te lo dirán de misas. Después de tres ó cuatro jugadas de bolsa afortunadas se coló de rondón en la alta banca y hoy tiene casa abierta en Barcelona, París y Lóndres. ¿Tienes interés ahora en saber del último de tus compañeros de hos-

pedaje, de Manolo? Gracias á un matrimonio de conveniencia se enriqueció de una manera asombrosa: ha sido gran cacique, diputado y senador. Hoy es noble por partida doble: conde y marqués en una sola pieza.

Tan solo á ti—de entre los seis compañeros de aquella antigua casa de huéspedes de la calle del Bou de la Plaza Nueva—te ha tocado en suerte vejetar toda tu vida en un mal villorrió, poco, tarde y mal retribuido, viendo al fin de la jornada birlada tu clientela por un compañero menos meticoloso que tú y que no se pára en pelillos para ascender en su carrera.

Míralo ahí lo tienes á dos puertas de tu casa, habitando en *chalet* propio que ha adquirido en menos de diez años de práctica y saboreando el humo del incienzo que un pueblo variable y desagradecido le prodiga.

* * *

Después de una larga pausa aquella loca que se había propuesto no dejar un momento en paz al pobre sexagenario, le endilgó otro párrafo:

—¿No habías puesto todos tus sentidos y toda tu buena fé en el Sindicato primero y en la Colegiación obligatoria después, creyendo que si aquel no había logrado regenerar y mejorar la clase, haríalo la segunda? Já! já! já! Ya ves ni uno ni otra han logrado meter en cintura á los díscolos, ni aportar un céntimo más á los puritanos como tú. Sindicato y obligatoria han producido en la clase médica los mismos efectos que prosáica y vulgar cataplasma en flemón difusó.

¿Y qué me cuentas del Montepío, asociación fundada por una minoría exigua de compañeros entusiastas, al objeto de dar un mendrugito de pan á las viudas? ¿Sabes que se ha derrumbado como débil castillo de naipes después de haberte birlado unos treinta dures? ¡Treinta dures como treinta soles! Una fortuna para tí. Con otra cantidad igual te hubiera sido fácil sustituir aquel caballejo escuálido y demacrado que se está muriendo de puro viejo, mientras que ahora, por falta de *cumquibus*, no te toca otra cosa que hacer la visita á pié durante los pocos años que te restan de vida.

¡Hacer la visita á pié! Sí, comprendo que la carne se te ponga de gallina tan solo al pensarlo. A tu edad, con tus achaques y con la distancia enorme que separa tu casa de las aldehuelas, caseríos y casas de campo donde radica tu clientela es una gran contrariedad.

Natural el *Otro* disponiendo, como dispone, no de un caballo, sino magnífico tronco que bebe los vientos, con su reluciente silla para el monte y su lujoso vehículo para el llano, acabará por apropiarse la única clientela que te resta: la rural.

¡Conqué chacota recibirá el *Otro* la noticia del fracaso de vuestra benéfica asociación? El que lo tenía previsto ya en su fuero interno y por eso no quiso inscribirse. Ya te había dicho yo mil veces que no sería viable.

* * *

No sé á donde hubiera ido á parar la loca de la casa, estando como estaba de vena, con sus escarceos filosóficos, si una de las hijas de Ramón no llega entrar en el despacho y le dice:

—Papá, papá, la sopa (es decir el bacalao con patatas) está en la mesa.

ROMUALDO VIDAL.

Palafrugell, Agosto de 1905.

EL FORMIATO DE SOSA (*)

Notas clínicas

Y notas breves, sencillas, sin pretensiones, pues quien, como yo, ni méritos ni suficiencia posee, no tiene derecho ni autoridad para colaborar en publicación de la importancia científica de esa Revista.

Pero como creo de buena fé, que no sólo ciencia pura deben ser los trabajos que vean la luz en este género de publicaciones, y como desearía que en ellas hubiera una sección dedicada á dar á conocer cuantos ensayos con éxito se hicieran de los medicamentos nuevos, es por lo que me he decidido á dar á conocer lisa, escuetamente y sin comentarios, los éxitos por mí obtenidos en el tratamiento de todo género de pneumonías y bronco-pneumonías, á beneficio del *formiato de sosa*.

Solamente tres casos, entre la infinidad de los tratados, serán objeto de de estas líneas. ¿Quién fué el que impulsó mi ánimo á usar tan preciado medicamento? Primero mi distinguido amigo Sr. Royo con un artículo publicado en el *Diario de Avisos*; más tarde la *Revista de Medicina* de Bailly-Bailliere; y conocido su carácter inofensivo, y las ventajas que podrían

(*) La Clínica Moderna.—Año II. Zaragoza, Agosto de 1903. Núm. 17.

obtenerse con su empleo sin correr los riesgos de otras preparaciones que al ingresar de hecho en la práctica hay que mirarlas con respecto y precaución, fueron causas determinantes para que empezara á usarlo en mi clientela.

Con el temor propio de lo desconocido, pero lleno de fé y de entusiasmo por lo que de sus efectos curativos tenía noticia, administré el *formiato* á un pulmoníaco en su séptimo día, advirtiéndole que este enfermo había ya padecido dos ó tres pneumonías, todas ellas gravísimas, pero mucho más la última: formulé dos gramos en diez sellos; ordené que se diera uno cada dos horas, y cual no sería mi sorpresa á la mañana siguiente al ver el enfermo sin fiebre, sin delirio y sin las manifestaciones locales propias! Pregunté á los encargados de la asistencia del paciente y . . otra sorpresa muchísimo mayor que la primera; en lugar de las dos horas de intervalo en los sellos no había habido más que una!

El enfermo no necesitó otra medicación; la convalecencia fué rapidísima y hoy, después de cuatro años, no ha sufrido ni el más ligero malestar.

En el segundo caso se trataba de una enferma con bronco-pneumonía gripal. Viendo al segundo día la intensidad del padecimiento y con especialidad el malísimo carácter que presentaban los esputos, se le administró el *formiato* en la misma forma y cantidad que en el antes mencionado y, sin más tratamiento, todo cedió, abandonando la cama al quinto día completamente curada.

El tercero es el más sorprendente, tanto que estos sencillos campesinos atribuyeron la curación á un verdadero milagro.

Se trataba de un niño de seis años; se hallaba en el sexto día de padecimiento; familia, amigos y yo mismo pronosticábamos un fin próximo; podía decirse que el niño se hallaba casi en el período agónico; yo luchaba con la idea de propinar el ya para mí tan famoso medicamento; pero como nada se había dicho con respecto á su empleo en los niños, su administración se me resistía. Al fin lo formulé en una poción y el pequeñín experimentó tal mejoría á las pocas horas, que desde aquel momento la gravedad paró, convaleció rápidamente y la curación fué completa, sin que tampoco haya vuelto á resentirse ni siquiera á estar enfermo.

Se me resiste no hacer públicas el sinnúmero de curaciones obtenidas; pero bastará decir que en tantos y tantos casos tratados, solamente en uno no se ha obtenido resultado.

Y no se crea que en lo anteriormente manifestado haya exageración ni exceso de entusiasmo, pues las pruebas vivas existen, y nadie mejor que los enfermos curados, podrían ser testigos fehacientes de las ventajas que reporta el uso del *formiato de sosa* en el tratamiento de las neumonías.

Y como mi propósito al publicar las excelencias y ventajas del *formiato* no es ni ha sido otro que dar á conocer los resultados obtenidos por él en la Clínica, sin detenerme á tratar el porqué de su valor terapéutico, que de seguro tendrán olvidado todos mis lectores, hago punto, aconsejando únicamente á mis queridos y dignos compañeros que no hayan hecho uso de él

hasta la fecha, que lo ensayen con valor y con fé, pues el único trastorno que puede producir al enfermo, es ligera diarrea y algún vómito en raras ocasiones; y aconsejo su uso porque creo con esto hacer un grandísimo bien á los enfermos y al médico encargado de ellos, puesto que así, tendrá la satisfacción del bien obrar y la no menos grande de ver cómo recobran la salud los atacados por esa traidora enfermedad, que por desgracia tanto se padece.

FRANCISCO DE A. GROS.

Fustiñana 30 Mayo 1903.

UN EFECTO RARO DE LA ANTIPIRINA

(APUNTE CLÍNICO)

Sin pretensión de decir nada nuevo y con el solo objeto de llamar la atención sobre un caso de intolerancia de un medicamento cuyo uso se ha vulgarizado al extremo de que, en las farmacias lo tienen ya preparado en sellos de 30 y 50 centigramos y lo despachan sin prescripción facultativa, me permito publicar este apunte.

Hace pocos días presentóse á deshora en mi clínica un jóven de 25 á 30 años quien repentinamente al acabar de tomar un sello con 50 centigramos de antipirina, (para calmar una cefalalgia que le molestaba), vióse acometido de fuerte saliveo, opresión de garganta, quemazón en la nariz, boca y fauces; sofocación que iba en aumento, dolor y sensación de opresión en la laringe.

Examinado pudimos observar una inflamación aguda de toda la mucosa nasal, de la faringe y boca; los labios hinchados y congestionados; la laringe en toda su extensión muy inflamada, en especial los aritinoideos que presentaba ligero edema. La luz de la glotis muy reducida. Hipersecreción de las mucosas nasal y laringea.

Hicimos tomar al enfermo una inhalación de alcohol y agua y de la mer cerezo durante 20 minutos, con lo que se sintió algo aliviado; á poco unos toques de clorhidrato de cocaina en las narices para restablecer la sensibilidad de las fosas nasales. Una hora más tarde el enfermo tomó otra inhalación y momentos después hallábase completamente restablecido.

La acción de la antipirina en las mucosas de la porción superior del aparato respiratorio ha sido observada y con precisión descrita por Lyon, Dalché, Short, Moellez, Galdsmidt y otros. pero nuestro caso es notable por lo repentino de la aparición, por la intensidad con que se presentaban los trastornos en un principio y la rapidez en volver á la normalidad.

J. DE LLOBET.

Gerona, Agosto 1903.